

El Arenal

GRANDE e importante plaza alcazareña, la mayor de todas, con nombre popular porque un Arenal era y es, colectora y distribuidora de los arrastres de los altos que dominan medio pueblo.

Durante muchos años estuvo convertida en un barrizal inundo, hasta que «Estrella» se lió la manta a la cabeza y construyó la Glorieta que se ha conocido, elevando el piso central, cercándolo, poniendo árboles y haciendo un pozo para regarlos.

La gente, su gente, porque por allí el que no es «Petardo», es «Rochano» o «Malagueña», cantero puro o ligado con ellos, siguió aquí rindiéndole pleitesía a su modo, sin ostentación ni formulismos, pero arrimando el ascua a su sardina, como iban con él a todo, en amor y compañía, todos iguales y le daban los votos en masa, no por ser liberal, sino por ser Eulogio y aunque el Conde dijera lo que quisiera, y cuando acabó la Glorieta, los mismos que dieron su apodo como nombre a la calle de arriba, pusieron una estrella de hierro en lo alto de la caseta del pozo, la buena estrella que tenía el barrio y sus vecinos, con que Eulogio, vástago juncal de sus barrizales, rigiera los destinos de Alcázar.

Y entre todos organizaron la fiesta de la inauguración. «Estrella», corredor y tabernero, hombre de la Plaza, no estuvo nunca remiso ante una solicitud de zurra y ese día corrió más que el agua antes del saneamiento del piso, según consta ya en los cuadernos de esta obra y todo el mundo lo pasó en grande, celebrando los rasgos de «Estrella», que

tuvo la virtud de no salirse nunca de su campo, de comportarse tal cual era en toda ocasión, hasta delante del Rey, lo que le daba soltura y atractivo, sin ponerse tonto jamás. Siempre vistió de pardo y nunca soltó la garrota, ni la palabra «leche», tan alcazareña.

Bajaron los yeseros de la Cruz, y entre «Cucos», «Monos», «Galgos», «Pollos», «Borregos», «Chicharras», «Porros», «Boleros», «Roperos», «Vaqueros», «Niños», «Pajaderos», «Herreros», «Julianetes», «Brunetes», «Pellases», «Beamudes», «Carreras», «Rengues», «Tocinillos», «Bastos» y «Esquilaos», se puso el Arenal que no cogía una naranja y aunque hizo una buena tarde de sol, nadie pasó sed. Los tinos de medir, rebosantes de zurra hasta la noche, se encargaron de suavizar los guargueros resecos de tanto hablar, según pudo dar fé Juan Leal, fiel seguidor de Eulogio, que sabía algo de letra, un poco memorialista, un poco picapleitos, que hasta la decadencia, ya sin rehabilitación posible, llevó la voz de «Estrella», con él a su vera, ante



los estrados, para dar a conocer su criterio administrativo, porque Eulogio no era hombre de fórmulas y necesitaba como el pan decir lo que sentía, y que alguien recogiera lo que él vertía a torrentes en la plaza y lo adecentara para la solemnidad, pues Eulogio no se curó de la separación del cargo, como no se cura ninguno de los que lo han tenido.

Esperamos confirmar algún día lo que dice la más somera observación: que el